

UN VIERNES CUALQUIERA

Relato contenido en la novela "Reflejos en el espejo"

Luis A. Santamaría

1

Ese viernes acabé con las palmas de las manos en carne viva y una intrigante declaración de amor abandonada en un cajón.

Si alguien me hubiera advertido de todo ello antes de que me dispusiera a sacar el bizcocho requemado del horno, seguramente no le habría creído. Y habría sido un error, porque, de haber hecho caso a la advertencia, habría tenido más cuidado, y el bollo no habría volado por los aires para regodeo de Rafiki.

De haberlo creído, habría actuado diferente respecto al otro tema, sin duda mucho más delicado. ¿De verdad lo habría hecho? ¿Cómo habría sido mi vida de entonces en adelante?

Tenía una emergencia: me había quemado las manos al sacar la bandeja del horno. Corrí hacia el cuarto de baño y las coloqué bajo el chorro de agua fría. No era una solución, seguían enrojecidas. ¿Qué era lo mejor en estos casos?, procuré adivinar mientras me retorció de dolor. Deseché la idea de la crema dental por parecerme estúpida, y terminé embadurnándome con crema para la piel. Las manos aún me palpitaban, pero el frescor fue suficiente como para que dejase de llorar.

De pronto, algo se movió en el estudio, lo percibió el rabillo de mi ojo. Ese *algo* se deslizaba por la tarima. ¿Una carta? Corrí a ver de qué se trataba.

Fue al agacharme cuando descubrí que no se trataba de una carta, sino de una sencilla hoja de libreta. La puerta permanecía cerrada. Alguien

debió lanzar el papel a través de la rendija.

Me vinieron a la mente algunas historias de atracadores nocturnos que, en los últimos meses, habían sembrado el pánico en la capital. Una alarma sonó dentro de mi cabeza cuando desplegué el papel con dificultad. Las manos ya no solo me palpitaban, ¡temblaban!

Venía escrito a lápiz, con una caligrafía torcida y alocada. Me senté en el suelo, apoyada contra la pared, y fue ahí cuando mi monótona vida empezó a cambiar:

Tú no me conoces, pero el verde de tus ojos me da la vida cada mañana. ¿Y tu melena roja? Tiene que venir de otro planeta. Sé lo que estás pensando, y no tienes por qué temer. No soy un acosador, ni un psicópata, ni tampoco pretendo hacerte daño. Al contrario, considérame un admirador. En realidad soy un tipo de lo más convencional. Como prueba de ello, abandonaré el rellano una vez haya lanzado este mensaje al otro lado. Volveré el viernes que viene.

PD: Todavía no sé tu nombre, así que a partir de ahora te llamaré Angie, como la canción de los Rolling.

De modo que se trataba de eso: un adolescente enamorado que se plantaría cada semana frente a mi puerta como un personaje salido de la cabeza de Shakespeare. Era justo lo que le faltaba a aquel viernes para opositar a peor día de la historia.

Decidí restarle importancia. Me incorporé y entré en la cocina, donde casi tropiezo con Rafiki. Mi conejito estaba entretenido con mi bizcocho relleno de nueces. Barrí los restos y me concentré en la nota. Iba a estrujarla hasta convertirla en una bola, pero cambié de opinión en el último momento. En su lugar, abrí el cajón destinado a los folletos de comida a domicilio y guardé la nota en su interior.

Nunca se sabe, pensé. Además, no estaban mis manos como para estrujar papel.

Era viernes, y no podía concentrarme en la novela de Agatha Christie; sentía la continua necesidad de ladear la cabeza para comprobar que todo seguía en orden en el vestíbulo.

Había transcurrido justo una semana desde que recibí la extraña declaración. ¿Regresaría el acosador anónimo como había prometido en su escrito? Por si acaso, esa noche no saldría de casa.

Se me heló la sangre de súbito. El rabillo del ojo me lo había chivado. Un nuevo trozo de papel resbalando por el suelo del pasillo.

Tragué saliva y me centré en el pomo de la puerta. Era lo que sucedía en las películas de Hitchcock: alguien forzaba la cerradura y entraba en casa con un machete. Conté hasta cinco. Dudé. ¿Debería leer el contenido del papel? Estaba segura de que, dijera lo que dijera, iba a rondar mi cabeza durante el resto de la semana. Y eso no era sano, caramba.

Finalmente me aproximé al papel y lo leí con el miedo de quien saca una bandeja de bizcochos sobrequemados del horno.

Hola, Angie. No dejo de pensar en ti. Me pregunto si tú también has pensado en mí. Aunque lo cierto es que ni siquiera conoces mi cara. Como te dije, no soy un acosador, así que no tengo pensado llamar a la puerta de una desconocida. ¿Te imaginas qué violento sería? Cuando estés preparada, estaré encantado de que abras

para conocerte mejor.

Por cierto, el corte de pelo te queda genial.

Mis dedos se contrajeron en torno al papel, arrugándolo. Furiosa, corrí al salón, donde escribí algo en otro papel. No fue sencillo, me temblaban los dedos. Después regresé al vestíbulo y deslicé mi nota hacia el otro lado de la puerta.

Deja de mandarme mensajes, seas quien seas. De lo contrario llamaré a la policía.

Mientras esperaba a que algo sucediese, me observé en el espejo del vestíbulo: una pecosa enclenque que no estaba dispuesta a que un perverso le complicara la vida con sus juegucitos cada tarde de viernes. Justamente su día preferido de la semana. «¡No lo pienso tolerar! ¡Y deja de morderte las uñas!»

Contra todo pronóstico, mi amenaza recibió respuesta, por supuesto, en forma de papel.

Que tengas una buena semana.

¿A qué demonios estaba jugando aquel hombre?

3

Vienes otra vez. Dichoso viernes. El segundero del reloj de la cocina martilleaba mi cerebro por encima de opresivo silencio. El tiempo parecía transcurrir increíblemente despacio mientras esperaba la nueva nota de mi admirador.

¿Qué podía hacer, dadas las circunstancias?

Pensé en dar un paseo y no regresar hasta la noche. De esa forma, él vendría pero yo no estaría en casa, y el mundo seguiría girando como si nada.

No tardé en dar con el punto débil de mi plan: al volver a casa, vería el papel en el suelo.

Pensé en llamar a la policía todos los días de la semana. Pero, ¿qué iba a decirles? ¿Que un chico había venido, se había parado en el descansillo y había dejado una carta? ¿Quién habría sido la loca entonces? Además, para ser honestos, aquel chico —hombre, o lo que fuera— no parecía peligroso. Y en el caso que lo fuera, como medida desesperada siempre podría utilizar a Rafiki como conejo guardián.

¡Dios, estaba perdiendo la cabeza!

Me encontraba en medio de este dilema emocional cuando, ¡voilà!, apareció la nueva carta:

Esta tormenta del demonio casi me impide llegar a tu casa, pero aquí estoy, como cada viernes. Espero que no llames a la policía,

soy un tipo que merece la pena conocer. De hecho, lo único que te pido es que me permitas invitarte a tomar algo. ¿Te gustan los batidos? Conozco un sitio donde los hacen de fábula.

PD: Esperaré 20 segundos tras tu puerta. Después, me iré por donde he venido. ¿Me abrirás hoy, Angie?

Me quedé muerta con el papel en las manos. Veinte segundos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Me abronqué mentalmente por pensar siquiera en seguirle el juego. Me alejé de la puerta.

Entonces, en un ataque de insensatez y guiada por un impulso surgido de un punto recóndito de mi cerebro, me volví y corrí para abrir la puerta.

No había nadie al otro lado. Había transcurrido más de un minuto desde que leí la carta, por lo que el tiempo establecido por él se había agotado.

—Esto es ridículo —farfullé. Después cerré la puerta de un portazo.

Una cosa estaba clara: ese hombre seguía las reglas del juego, sus propias reglas, al pie de la letra. Un juego en cuya partida yo acababa de entrar.

Ese viernes tenía un plan.

Después de darle mil vueltas, había llegado a la conclusión que lo más sensato sería obtener cierta información antes de actuar precipitadamente. ¿La información es poder, no? El plan era sencillo. Había escrito, en letras grandes, una pregunta en un folio: ¿DE QUÉ ME CONOCES?

Cuando él apareciera, la filtraría por debajo de la puerta y empezaría una nueva partida.

Con el papel en mis manos, me notaba ansiosa como cuando, en tercero de primaria, Juanito se había acercado para preguntarme si quería que fuéramos juntos al parque.

La primera parte del plan, que básicamente era que él hiciera acto de presencia, no se hizo esperar. Su carta resbaló por debajo por la rendija y se detuvo frente a las puntas de mis pies. A las ocho en punto de la tarde, como siempre. Procurando no hacer ruido, me agaché para leerla. De alguna forma supe que él sabía que yo estaba allí. Más aún, sabía que yo sabía que él estaba allí. Un embrollo de narices que me hizo sentirme, ¿cómo?, sí, la palabra era especial.

No pienso dejar de proponerte una cita hasta que me abras. Estaré viniendo toda mi vida, si es necesario. Sólo soy una persona normal que quiere conocer a una preciosa chica.

Me mordí el labio inferior. Me di cuenta de que, por primera vez, tenía ganas de abrir la puerta y ver cómo era. Sin pensar, envié mi nota hacia el otro lado.

Esperé en silencio. Como no sucedía nada, pegué la oreja a la madera y contuve la respiración, como si así, escuchando el sonido de su lápiz contra el papel, pudiera determinar si era buena persona o, por el contrario, un psicópata. No se apreció el más mínimo sonido.

Casi se me escapó un gemido al comprobar que mi nota había recibido respuesta. No podía estar más excitada cuando la desplegué:

No te conozco, Angie. Precisamente eso es lo que quiero.

Hoy te he visto por la calle. Llevabas ese jersey rojo de cuello de cisne que tanto me gusta. ¡Espectacular!

Leí la nota del quinto viernes con desilusión. No entendía nada. Ya resultaba evidente que aquel hombre no llevaba malas intenciones conmigo, pero eso no impedía que sufriera trastornos mentales o problemas de personalidad. Hasta cabía la posibilidad de que fuera un simple crío cuyos padres vivían al margen del peligroso juego en que su hijo se estaba metiendo. No, imposible. Ningún niño tendría ese *modus operandi*. ¿Un chaval escribiendo con un estilo tan seductor? ¡Venga ya!

Esta fue mi réplica:

Si tantas ganas tienes de conocerme, ¿por qué no te has acercado a presentarte?

Nada más escribir el cierre del interrogante, lancé mi pregunta hacia su ya habitual destinatario. De pronto tomé consciencia de lo que había escrito. ¿De verdad quería que eso pasara? ¿Cómo habría actuado si un desconocido me hubiera parado en plena calle asegurando ser *el admirador de los viernes*?

Llevaba unos días intentando adivinar cómo era. Dibujaba en mi mente a un hombre caballeroso, más alto que la media y con algunas canas asomando entre una poblada cabellera negra. Sí, decidí que sería mayor que yo, un poquito al menos. Puede que, cansado de desengaños amorosos, ahora se hubiera quedado prendado de la perdedora del tercero, esa pelirroja que escucha a Beethoven y hornea magdalenas los viernes por la tarde con escaso éxito.

Mis ensoñaciones se vieron interrumpidas por algo que golpeó las puntas de mis dedos del pie. Era una nueva respuesta:

Ya te lo he dicho, no soy un acosador.

¡Jolín, se está poniendo pesadito el tío!, protesté en mi interior. Si quería verme, ¿por qué simplemente no llamaba a la puerta?

Eso era lo que de verdad deseaba en mi fuero interno: revelar su identidad, conocer su historia. Pero no lo haría, no le daría el gusto de salirse con la suya. Si quería conocerme, tendría que ganárselo.

Me imaginé abriendo la puerta e inmediatamente me llevé la mano a la boca.

¿Dónde me estaba metiendo?

Ese viernes no pensaba quedarme en la puerta. En lugar de eso, me eché en el sofá con el último número de la *Muy Interesante*. El tocadiscos escupía música clásica, mi preferida. Tenía claro que no viviría condicionada por una hoja de cuaderno que tarde o temprano iba a resbalar bajo la rendija de la puerta, de modo que no perdería el tiempo en esperarla. ¿Acaso no podía hacer lo que quisiera a pesar de ser viernes por la tarde?

Esa vez la nota apareció antes de lo previsto. Lo aprecié al instante por haberme tumbado de forma que podía ver la puerta sin siquiera girar la cabeza. Dejé caer la revista sobre el sofá y corrí a por mi chute semanal.

Veo que te gusta Beethoven, Angie. ¡A mí también! Que conste que no es peloteo, jamás utilizaría al gran maestro como excusa.

Hice algo que no había hecho antes: me puse de puntillas y observé a través de la mirilla. Lo había planeado en algún momento de esa semana, tenía derecho a conocer su aspecto de una vez por todas. Aunque me negaba a admitirlo, mi plan de acción en los viernes posteriores iba a depender del nivel de atractivo del hombre en cuestión. Eché un vistazo a ambos lados del descansillo, en silencio, para que mi acto cobarde no fuese descubierto. No vi nada. El descansillo estaba iluminado, pero desierto.

En el instante en que me di la vuelta para continuar con mi vida corriente, un nuevo papel bailó y se detuvo entre mis zapatillas.

¿No te he demostrado ya que soy inofensivo? Deja de fisgonear por la mirilla y ábreme la puerta para que podamos charlar como personas.

Inconscientemente di un paso atrás y apreté los dientes —esa noche me dolería la mandíbula por la tensión—. Perpleja, dejé caer los brazos y arrastré los pies hasta el salón, en cuyo sofá me dejé caer. Cerré los ojos y respiré profundamente.

—Odio a este tipo —murmuré con la cabeza hundida entre dos cojines. No tenía ganas de pensar, necesitaba relajarme.

Beethoven me ayudaría a ello.

Rafiki corrió a saltitos hacia la puerta, tomó el papel entre sus garras, y comenzó a roerlo.

— ¡No te comas eso, te sentará mal al estómago! —Le grité corriendo desde la cocina. Cuando le arrebaté el papel de la boca, me lo llevé al pecho y susurré—: además, esto es muy importante.

Como cada viernes, leí lo que contenía:

¡Hola otra vez, Angie! He pensado que, si no has llamado a la policía, ya no creo que lo hagas. Venga, ábreme, ¡estoy calado hasta los huesos!

Me quedé pensando durante unos segundos. El dilema había acelerado mi ritmo cardiaco. ¿Qué debía hacer? ¿Estaba actuando como una mala persona impidiéndole la entrada? Fuera hacía un día de perros, la lluvia caía de lado como si los dioses hubieran estado jugando a lanzarse cubos de agua. Era probable que estuviera empapado como aseguraba, con lo que quizá debía dejarlo entrar. Por solidaridad. ¡No! Ese era un juego que él había empezado; si pillaba una neumonía, sería su culpa. Nadie le obligaba a visitarme cada viernes, y menos con ese temporal. Por lo que a mí respectaba, podía irse a su casa y secarse allí.

Por otra parte, me dije, empezaba a ser evidente que, tarde o temprano, tendría que abrirle la puerta y enfrentarme a él.

Mi mano tembló cuando la acerqué a la manilla. Cuando iba a rozarla, cambié de opinión. En lugar de abrir, me hice con un lápiz que guardaba en el bolsillo de mi blusa de cuando había estado completando crucigramas horas antes, y escribí por la cara en blanco del papel. Después lo devolví al lugar del que había venido.

«*Muéstrame una foto tuya por debajo de la puerta*», fue lo que escribí.

Espereé la respuesta con impaciencia. Deseaba ver la fotografía de un hombre joven y apuesto, preferiblemente bien vestido, apareciendo por la rendija. Entonces es posible que abriera la puerta de golpe y dejaría entrar a aquel semental para que ambos pudiéramos pasar la mejor noche de nuestras vidas.

Me sonrojé con solo pensarlo. ¿De verdad haría eso?

Para mi desilusión, ninguna fotografía cruzó el umbral. En su lugar, el mismo papel viajó una vez más al interior del piso.

No llevo una foto mía encima, pero si quieres te enseño la patita (es broma...) No hay alternativa, Angie: si quieres verme, tendrás que abrir.

Tenía muchas ganas de abrir, ¡muchísimas! Pero no lo haría, al menos no ese viernes. Si el atractivo admirador anónimo hubiera mostrado al menos su cara en una fotografía, como yo le había sugerido, seguramente habría abierto. ¡Estaba deseándolo! Pero si lo hubiera hecho en ese momento, habría sido como asumir mi derrota. Además, mi vida se había vuelto interesante gracias en parte a ese juegucito, una especie de droga que seguramente no me conduciría a nada bueno pero que me hacía sentir tan viva.

Un poco más feliz, alcé a Rafiki y besé su cabecita con ternura.

Se escucharon unos pasos al otro lado. Con la oreja tan pegada a la madera que casi hacía efecto ventosa, esperé la llegada del semental. Aún no había apartado la cabeza de la puerta cuando, ¡bingo!, una nueva carta:

Tenía pensado conocerte con una taza de café entre las manos, pero, en fin, no me has dejado opción. Me he traído mi termo de casa y aquí va mi primera pregunta. Para empezar, una sencilla: ¿Qué te gusta más, el día o la noche?

Creo que todavía tenía la boca abierta cuando terminé de leerla. ¿De modo que ahora íbamos a jugar a las preguntas? Cuando ya empezaba a entender de qué iba todo, ese hombre se había reinventado una vez más. Me sentía como si estuviera jugando a un juego cuyas reglas desconocía.

Cómo no, decidí continuar la partida. Pero no iba a responder a su pregunta. En lugar de eso, lo iba a sorprender. A ver de qué pasta estás hecho, pensé en el momento.

¿Y si te dijera que tengo novio?

¡Chúpate esa, hombre interesante! A ver cómo sales de esta ahora, me regodeé.

La respuesta fue inminente:

Te diría que eres una mentirosa. Si tuvieras novio, ahora tendría un ojo morado.

No pude contener la carcajada que no sólo oíría él, sino probablemente también medio vecindario. Poco importaba en realidad. ¿Y qué si me oía reír? Cada vez había menos cosas que disimular. Secando las lágrimas que se me acumulaban en el rabillo del ojo, escribí la última respuesta de ese viernes. Después de enviarla, suspiré.

La noche.

Había perdido la noción del tiempo mientras reflexionaba con la mirada en el techo. Para empezar, mi vida había cambiado en los últimos meses; yo misma me sentía distinta. Un trueno me sacó del ensimismamiento, y pronto se desató una tormenta que hizo vibrar las ventanas.

Era viernes por la noche, y hacía un par de horas que había recibido su nota. No podía apartar mis pensamientos de ella, así como de los muchos sentimientos que ese pedazo de papel había despertado en mí.

Angie, estaré fuera de la ciudad durante el próximo mes. Echaré de menos venir aquí, ahora que ya empezábamos a llevarnos bien. Volveré exactamente dentro de cinco viernes. Espero que no te hayas mudado para entonces.

¿De modo que ahora se iba? En un principio, admito que me había sentido aliviada. El juego se había vuelto agotador, y un respiro no me iba a venir mal (o al menos eso pensaba entonces). Pero cuando una vive sola, tiene muchas horas para hablar consigo misma, y lo que me dije esa noche de viernes me obligó a admitir la realidad: ese hombre me hacía sentir como nadie lo había conseguido hasta entonces. Su forma de escribirme cada semana hacía latir mi corazón a mil por hora.

Mis sentimientos eran fuertes. Eran tan fuertes que asustaban. A

esa conclusión había llegado hacía una hora y media, mirando al techo desde la cama, mientras daba vueltas a mi respuesta:

No me mudaré. Buen viaje.

Me sentía como una estúpida solo por pensarlo, pero iba a echarlo de menos. Echaría de menos a alguien de quien no conocía nada. Ahora que lo pensaba, por no conocer, no conocía ni su nombre. No quería que se fuera. Quería seguir jugando. Quería tenerlo al otro lado de la puerta para siempre.

Esa noche casi me dormí sintiéndome desgraciada y estúpida a partes iguales. Lo habría conseguido si un hambriento conejito no hubiera aparecido de la nada para lamerme la nariz con perseverancia.

Llegó el siguiente viernes y ninguna nota apareció por debajo de la puerta. Era de esperar, él mismo me lo había dicho: estaría un mes sin dar señales de vida.

Esa tarde no salí. No pude evitar quedarme en casa sin hacer nada, mirando hacia el pasillo de vez en cuando por si resultaba que la última nota había sido una broma pesada.

En ese momento, nada me habría hecho más ilusión que ver la nota aparecer por debajo de la puerta.

¡Qué irónica era la vida! Semanas atrás no dejaba de mirar aterrada, esperando el primer movimiento extraño para llamar a la policía; deseando que ninguna carta apareciera aun sabiendo que era irremediable. Ahora era justo lo opuesto. Deseaba ver un papel deslizándose por el suelo, aun a sabiendas de que no sucedería.

El segundo viernes también pasó. Y el tercero, y el cuarto. Ese fue el mes más aburrido que recordaba en mucho tiempo. Enfermé de la tripa, y el médico me diagnosticó estrés laboral, pero yo sabía que se trataba simplemente de nervios. No solamente me había visto privada de los emocionantes encuentros de cada viernes, sino que el cosquilleo en el estómago se había vuelto contra mí.

Ni siquiera sabía lo que iba a decirle cuando regresara de su viaje. No sabía si abriría la puerta sin más, si continuaría con el juego, o si me inventaría el mío propio. No podía aguantar más.

UN VIERNES CUALQUIERA

Y entonces llegó el quinto viernes.

Ese día me fue imposible pegar ojo. Al amanecer me había sentido como una imbécil por haber perdido horas de sueño por alguien a quien ni siquiera conocía. Había estado todo un mes echando de menos a un tipo cuyo rostro era del todo desconocido. Bien podía ser el hombre más deforme, sucio y arrugado del planeta, y aun así no podía quitármelo de la cabeza. No su imagen, sino la idea de su existencia, de su capacidad para influir en mis constantes vitales. Y eso solamente con cuatro frases ingeniosas y una caligrafía peculiar. ¿Qué no podría hacer en el cara a cara, tras la mesa de un bonito restaurante o, en fin, bajo las sábanas? Me moría por comprobarlo. Llevaba mucho tiempo deseando comprobarlo, en realidad.

Cuando el reloj marcó las siete de la tarde yo ya estaba plantada delante de la puerta con el cuerpo tenso. Como quien mira fijamente una cazuela llena de agua a punto de hervir, observé la desalmada madera sin pestañear.

Como la espera era irresistible, anduve de un lado para otro del pasillo sin saber qué hacer. Ya me empezaba a subir un dolor incómodo por el estómago cuando un papel atravesó la línea que delimitaba de una manera muy primitiva lo real de lo desconocido. Esa vez no fue una hoja de cuaderno lo que me esperaba sobre el parqué, ni siquiera se trataba de un folio normal. La recogí muy lentamente, como con miedo a estropear algo. Era una postal de Praga, posiblemente el sitio donde

él había estado el último mes. Conteniendo la respiración, la abrí. Algo cayó a mis pies, una rosa seca y aplastada. Era preciosa. Y el detalle, encantador. La postal decía lo siguiente:

Qué ganas tenía de volver a ver a mi puerta favorita.

Sonreí nerviosa, y, sin detenerme a pensar en si era lo correcto, improvisé una respuesta. «A la mierda», me dije. Ya no había planes ni reglas. De hecho, era probable que el juego ya hubiera terminado. Me agaché y dejé que mi mensaje resbalara hacia el otro lado.

Eres tonto de remate. ¿Qué tal el viaje? No te lo creerás, pero te he echado de menos.

Acababa de elegir. El corazón me latía a un ritmo endiablado. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, se trataba de la experiencia más emocionante de mi vida. Dispuesta a mantener la primera cita a ciegas de verdad —donde la expresión «a ciegas» por fin recibía un sentido estricto—, esperé la contestación. Toda la tensión acumulada durante este mes recorría ahora mis venas. Me moría por gritar, saltar y bailar por todo el piso. Pero no, debía mantener la compostura para dar buena imagen. Por fin, el papel de cuaderno viejo de siempre se deslizó con su correspondiente respuesta.

Angie, vale ya de fingir. Vale ya de juegos absurdos. Te diré algo que jamás me atrevería a decirte mirándote a los ojos (ventajas de estar divididos por una puerta): me muero de ganas de hacerte el amor. Quiero hacerte la mujer más feliz del mundo. Depende de ti que eso ocurra algún día. Puede que la semana que viene, puede que esta noche.

Casi me explotó el corazón. Cada parte de mi cuerpo me avisaba de que me encontraba en peligro. Aquello estaba mal, muy mal, pero no

me encontraba en condiciones de decidir por mí misma. ¿Qué debía hacer? Alguien sensato habría dicho que justo lo contrario de lo que hice. Todavía atónita por las palabras de su último mensaje, acerqué la mano a la manilla y, por fin, abrí la puerta.

No podía dejar de mirarme en el espejo con el vestido blanco. Primero de un perfil, luego del otro, y así varias veces. Cuanto más me miraba, más crecía mi sonrisa. No me reconocía con el peinado que me acababan de hacer en la peluquería, parecía una de esas modelos de las revistas.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y me sobresalté. Dos únicos toques. *Toc, toc.* Mi corazón viajó de inmediato a ese primer viernes que tanto me aterrorizó, y que ahora... no sé, simplemente no alcanzo a recordar cómo era mi vida antes de ese viernes.

Acudí a la llamada con cuidado de no arrastrar la cola del vestido. Había un un papel tirado en el suelo del recibidor. No había duda: era él.

¡Buenos días, Angie! ¿Qué tal en la peluquería? No te mires más al espejo, anda, que vas a llegar tarde a nuestra cita. Además, seguro que estás radiante.

Dentro de cinco segundos no estaré tras tu puerta. En lugar de eso voy a esperarte en el altar.

Me llevé la nota al pecho y apreté con fuerza. Únicamente concedí una lágrima. Me la enjuagué y regresé al dormitorio para ultimar mi puesta a punto. No podía ser más feliz.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por llegar hasta el final. Este relato forma parte de la novela “Reflejos en el espejo”, cuya sinopsis puedes leer a continuación.

Si quieres continuar leyendo gratis, puedes descargar otra de mis novelas, “El secreto de Oli”, aquí:

<https://www.luisalbertosantamaria.com/regalo>

Que la lectura te acompañe.

REFLEJOS EN EL ESPEJO

¿Has pensado alguna vez de qué forma puede el azar enseñarte cómo es tu vida en realidad ¿Sabes realmente lo que tienes frente a los ojos? ¿Qué valor le das?

Daniel Santos es un joven que no ve más que la parte negativa de las cosas. Se empeña en rechazar cualquier muestra de apoyo y cariño, ya sea por parte de su familia, de sus amigos, e incluso de Sofía, una bella muchacha que hará cualquier cosa para llamar su atención. Todo cambia cuando un extraño accidente provoca en él una metamorfosis que le hará descubrir los secretos de la felicidad a un alto precio.

REFLEJOS EN EL ESPEJO es una novela fresca de suspense que destapa las claves del día a día desde un punto de vista diferente. Romances, tragedias y superación personal se van entrelazando poco a poco en una secuencia de misteriosos sucesos que terminan por regalar al lector una enseñanza difícil de olvidar.

No temas si, mientras estás leyendo, ves un trozo de papel deslizándose por debajo de tu puerta. Puede que la historia de tu vida esté a punto de comenzar.

REFLEJOS EN EL ESPEJO

LA FELICIDAD ES EL PROPIO CAMINO



Luis A. Santamaría